

Silsa, la que viene del bosque

María Silvia Parra Mendoza



Mi infancia transcurrió en casa de mis abuelos paternos; en un rancho llamado *El Aguaje*, en el municipio de Carichic, en el estado de Chihuahua. Nací un primero de julio de 1958 en ciudad Cuauhtémoc; primogénita de Gabriel Parra y de María Luisa Mendoza. Mi padre trabajaba con mi abuelo, ambos dedicados a la fruticultura, agricultura y otras labores del campo.

Fui amamantada por mi madre, crecí en brazos de mi abuela y de mis tías. Así, di mis primeros pasos. Al nacimiento de mi hermano Camilo, celosa buscaba la atención de mi padre. Jalaba la cobija para que me arrullara y me cantara canciones como: *Soy un pobre venadito*, *Luna, lunera* y una canción tarahumara que decía: “totori gallina, gallo cantarore, mataremos uno pal gobernarore;” pues mi padre no sabía canciones de cuna.

Entrar a la cocina de la abuela era una delicia; en ella todos los aromas se conjugaban; en los cántaros había leche, miel y la riquísima cuajada que mi abuela Aurelia preparaba junto con el requesón.

Un gran arco que despegaba desde el piso de tierra aplanada, separaba la cocina de la despensa; una tenue luz proveniente de una alta y pequeña ventana iluminaba este mágico rincón donde había una estufa de fierro de patas largas que se usaba cuando había que cocinar para muchas personas; además estaban el molino para el nixtamal, la batea de madera tallada y botes apilados, entre ellos uno grande, el más codiciado por nosotros, adornado con la pintura de una joven mujer y una frase que decía: “Dulces más dulces que los besos de la novia”.

En lo alto, muy alto para mi pequeña estatura, se encontraba el zarzo, amarrado de los cuatro extremos de las vigas encaladas



del techo; ahí se guardaban los quesos frescos, la carne seca y atados de hierbas medicinales que mi abuela preparaba para aliviar diferentes males o sazonar la comida: hierba del zorrillo para el resfrío, poleo para conciliar el sueño, hierbabuena para el dolor de estómago; el té de hierbanís, que endulzado con miel de abeja se tomaba en invierno para calentar el cuerpo; epazote, albahaca y romero para el mal de amores. El color naranja rojizo del azafrán resaltaba entre todas estas hierbas aromáticas que mis abuelos, previsores, recolectaban junto con la leña después de la primera helada otoñal.

En un trastero viejo, sin puertas, se guardaban las garrafas llenas de chile serrano curtido en vinagre, adornadas con rodajas de zanahoria, cebolla, ajos y hojas de laurel; botes con café molido, tabaco seco que mi abuela cosechaba y finas hojas de maíz para preparar su “chacuaco”. En la parte de arriba había libros apilados, algunos despastados y de hojas amarillentas, que mi abuelo atesoraba.

Mi abuelo Guadalupe, un hombre alto, bien parecido y de ojos azul claro que denotaban gran inteligencia, tenía un lugar especial en la mesa que todos sus hijos respetaban; se sentaba gallardo a la cabecera con la silla de lado; acariciando y alimentando de su plato a un gato amarillo que agradecido paseaba entre sus piernas y con su cola lo acariciaba. Sus pláticas de sobremesa eran siempre amenas e interesantes, a través de ellas conocí algunos pasajes de la Biblia; hechos y personajes de la historia como Hitler y la Segunda Guerra Mundial o la muerte de Kennedy; y las aventuras quijoteskas del caballero andante y los episodios cómicos de Bertoldo y Bertoldina.

Por las noches, mientras los adultos cenaban y conversaban, yo me sentaba en el alto marco de la puerta de dos hojas que daba a la gran sala y me divertía viendo sus sombras reflejadas en las blancas paredes por la luz de la lámpara de petróleo; especialmente guardo el recuerdo de la sombra del tío Gabriel, agradable y juguetón a pesar de su ancianidad.

Si el tiempo era bueno los mayores sintonizaban un viejo radio de transistores para escuchar con atención las noticias de la XEW “La Voz de la América Latina” desde México, y nos conmovíamos antes de dormir con las radionovelas de los legendarios *Chucho, el Roto y Felipe Reyes*.

En el recorrido por el laberinto de mis recuerdos de niñez, abro la puerta del dormitorio de mis abuelos: era austero, había un catre tubular, una zalea de coyote como tapete y una bacinica de peltre descarapelada; en la pared la imagen de un santo cuyo rostro de dolor me inspiraba temor. Además un ropero con aroma a naftalina para combatir la polilla, petaquillas y baúles; una vitrina cerrada con llave que contenía los regalos que solían llevar los hijos el Día de la Madre, o en los días de cumpleaños y “santos”; estos regalos se encontraban envueltos en papel celofán, como recién comprados. También había una máquina de coser *Singer* del siglo pasado, con la que mi abuela remendaba los pantalones.

Puedo seguir abriendo puertas como la de la sala o la “galera” que era enorme, desvencijada y rechinaba al abrirla. Cada habitación tenía su encanto y su misterio; a nuestra curiosidad de niños no escapaba ningún rincón de la casa.

Cada personaje familiar tenía su lugar y ese algo que los hacía diferentes. Mi tío Emigdio, alto y desgarbado, molía el nixtamal; mi tía Piedad, que hacía las tortillas de maíz por la mañana y de harina por la tarde, era también la cuenta-cuentos, la de las mascarillas por la noche, la que el domingo se soltaba el pelo y se ponía zapatillas de tacón y faldas voladas que dejaban ver sus bien torneadas pantorrillas. Parecía una cenicienta transformada en princesa.

Los domingos mi madre nos vestía con las mejores ropitas. Muy peinados y oliendo a brillantina *Palmolive*, esperábamos ansiosos la visita de mis tíos y primos que llegaban de otros pueblos a saludar a mi abuela Aurelia; entonces, ella aparecía como salida de un cuento de hadas, con el mandil recogido,

repartiendo huevitos de colores y confitados rellenos de cacahuete con olor a vainilla.

En casa de mis abuelos madrugar era lo cotidiano; había que levantarse “con la mañanita oscura” decía mi abuelo, Papá Lupe, como lo llamábamos algunos de los nietos.

Mamá Nina, mi abuela madrina, encendía la lámpara de petróleo y la estufa de leña para preparar el café de olla y el desayuno; mientras mi abuelo tocaba el acordeón, con animadas polcas y corridos de la Revolución, yo dormitaba muy cerca de mi tía Piedad; la música me arrullaba.

El canto de los gallos y el alboroto de los pájaros anunciaban el nuevo día. Al levantarnos, cada quien tenía sus labores domésticas, que variaban según la estación del año y la edad. A mí me gustaba la primavera: jugaba con el agua de las canoas sostenidas por altos postes, de donde caía un chorro que llenaba las acequias para regar la huerta de hortalizas y los manzanos en flor.

Las flores favoritas de mi abuelo, las gladiolas y las dalias, tenían un lugar especial. De las canoas con pequeños chorros de agua se alimentaban las banderillas españolas donde danzaban los colibríes. Sin hacer ruido, agazapados, mis hermanos y yo nos deteníamos a admirar sus picos largos y sus brillantes colores.

Me emociona recordar y compartir fragmentos de mi vida transcurridos en este bello paraje rodeado de montes, pinos altos, piñoneros, táscates, encinos y madroños; donde anidaban parvadas de pájaros azules, chanates, carpinteros y gavilanes que acechaban y espantaban a las gallinas en el corral.

Cuando yo tenía seis años de edad, nos mudamos. Fue doloroso dejar la casa de los abuelos, donde crecía al cuidado de mis padres y la experiencia de los mayores. Extrañamos mucho a Papá Lupe y mamá Nina. Así los llamábamos los nietos mayores; ellos fueron nuestros abuelos padrinos, pues era una costumbre en mi familia que los hijos pedían a sus padres que les bautizaran al primogénito.

Ingresé a la primaria en la escuela *Ramón Enríquez* en Ciénega de Ojos Azules, comunidad rural del municipio de

Carichic. Fui una niña callada en clase, aprendí a leer y escribir con facilidad; recuerdo el aroma del gis y de los libros nuevos, así como el olor a chocolate caliente con pan que cada mañana nos procuraban los maestros como desayuno. A la hora del recreo corría con mis compañeros a brincar la cuerda o a jugar a los encantados y a rondas como *Doña Blanca* y *El patio de mi casa*.

La vida transcurría y mi familia crecía; tenía tres hermanos varones menores; vivíamos en una modesta casa de adobe, con patio grande rodeado de árboles de manzano y al fondo una noria de donde obteníamos el agua para tomar y realizar las labores de la casa.

En tercer grado nos tocó una maestra de carácter hosco, poco afectiva y agresiva; si no contestábamos bien sus preguntas nos daba un reglazo en cada mano, y si las quitábamos, nos daba dos, y más fuerte. A los que masticaban chicle en clase los mandaba al rincón con el chicle pegado en la frente; los que tenían problemas de aprendizaje los llevaba al rincón con tremendas orejas de burro en la cabeza. Era tanto mi temor de encontrarme en esa situación que a veces no ponía atención. En cuarto año nos tocó la misma maestra gruñona y decidí “enfermarme” para no ir a clase, por el pánico que le tenía; me escondía debajo de la cama, me dolía el estómago, lloraba, vomitaba y me quejaba todo el tiempo.

Mis padres nos educaron en el ejemplo de trabajo y respeto, cuidaban de nosotros con dedicación; si nos enfermábamos nos llevaban al doctor y curaban con remedios; si había carencias no me daba cuenta: tenía un hogar y una familia; éramos felices. En semana santa mi madre cocinaba los platillos de tradición: torrijas, lentejas, sopa de pan, capirotada, chacales, gorditas de harina y un pan de levadura en forma de muñequitos que horneaba en la estufa de leña, con nuestro nombre y especialmente para nosotros.

Celebrábamos la Navidad arreglando las ventanas con estrellas de papel lustre; cortábamos un hermoso pino y lo colo-

cábamos en un rincón del dormitorio; lo adornábamos con tarjetas de navidad, bolitas de algodón, pelo de ángel, esferas y globos de colores; hacíamos cartas a Santa, el personaje más esperado durante el año. Por fin, la Nochebuena llegaba y el hogar se inundaba con la fragancia de buñuelos enmielados, tamales y empanadas de manzana que mi madre desde temprano cocinaba.

A pesar de nuestros esfuerzos y de los trucos que preparábamos, nunca nos fue posible sorprender a Santa, el sueño siempre nos vencía; a la mañana siguiente, apenas despuntaba el alba nos levantábamos emocionados a buscar los regalos: troquitas de lámina para mis hermanos, una pelota o una muñeca para mí, dulces, cacahuates y naranjas para todos.

En busca de trabajo mis padres nos llevaron a vivir a ciudad Cuauhtémoc, mi ciudad natal. Ahí ingresé a la escuela *Águila Azteca*, donde cursé quinto y sexto grados de primaria. Las matemáticas, la lectura y clases de dibujo me gustaban. Al principio fue difícil adaptarme al cambio; por las tardes mis hermanos y yo leíamos cuentos donde dormían nuestros sueños con *Lágrimas y risas*, *Ladronzuelas valientes* y *Kalimán*; o bien nos sentíamos invencibles como *Zoor*, jugábamos con los amigos de *Tobi* y *la pequeña Lulú*, y nos conmovíamos con los sufrimientos de *Memín Pingüin*.

Los sábados íbamos a la matinée y por las tardes a la escolita bíblica en el Templo *El Mesías*. Mi niñez se adormecía y mi adolescencia asomaba lentamente.

Me daba gusto regresar en vacaciones a la casa de mi infancia, la recorría deteniéndome en cada habitación como supervisando si todo permanecía en el mismo lugar, como para asegurarme de que el tiempo no hubiera pasado.

Doy gracias a la vida por la familia que me dio y por los gratos recuerdos que conservo.